

LIBROS

«Florido Mayo», de Alfonso Grosso

De entre el grupo de novelistas que surgieron al ruedo literario en la primera mitad de la década de los sesenta, y que dieron consistencia numérica al fenómeno de la «novela social», siempre me pareció —quizá por razones de paisanaje— que Alfonso Grosso era quien poseía mayores dotes de fabulador por desarrollar. A medida que su obra iba publicándose, mi creencia se debilitaba. No sé si porque el orden de aparición de sus novelas no se correspondía con la cronología de su escritura o por cualquier otro motivo, pero, a mi juicio, con cada libro disminuían las posibilidades de que Grosso nos ofreciera la «novela» de su generación. El punto más bajo lo alcanzó con *Ines just coming*, donde el novelista parecía interesado en subirse al carro del «boom» latinoamericano, renunciando a la aventura de andar su propio camino. *Guarnición de silla* rectificaba, sin embargo, la equivocación y enlazaba de nuevo con el Grosso barroco y sensual, producto de un ambiente determinado que intentaba recrear artísticamente en sus novelas: la España del Sur, o sea, Andalucía.

Tras la concesión del Premio Alfaguara a *Florido Mayo* (1), Alfonso Grosso ha declarado que «todas sus novelas anteriores no han sido en realidad otra cosa que un disciplinado aprendizaje para abordar por fin algún día un gran

retablo novelesco». Es decir, para su autor, *Florido Mayo* es la síntesis de más de tres lustros de actividad literaria, el resultado de la sabiduría técnica y formal adquirida durante ese tiempo, la suma de las experiencias vividas y asumidas, la expresión de los fantasmas propios, del propio y singular mundo que sus sentidos hacen llegar a sus células cerebrales. No debe extrañarnos, pues, que Grosso haya elegido, para tal ocasión, narrar su propia historia, su historia familiar.

Esto no quiere decir que el novelista haya escrito, ni mucho menos, sus *Memorias*, ya que si bien la novela es típicamente autobiográfica, esta autobiografía no se concreta en la meticulosa correspondencia de la peripecia vital del protagonista con la del propio autor, sino en la que yo creo afinidad espiritual de ambos personajes, al modo que los pintores flamencos pintaban sus autorretratos. Como en ninguna otra de sus novelas, el protagonista de *Florido Mayo* ve el mundo a través de la mirada del propio Grosso, y esto me parece mucho más importante que el rastrear coincidencias anecdóticas entre la historia que se nos narra en el libro y la historia personal del novelista, coincidencias, por otra parte, numerosas: descendientes de emigrantes italianos, que llegan a Andalucía en el XIX; crecidos en una época que tenía de dorada lo que las hojas otoñales; sobrinos de pintores académicos y pulcros (un tío del novelista, y homónimo suyo, es realmente un pintor de tales características que goza de no poco éxito entre la «buena sociedad» sevillana); artistas ellos mismos (escritor en la realidad, pintor en la ficción), etcétera. Pero la identificación se produce a un nivel más profundo y significativo: hijos ambos de una clase condenada antes por la cultura que por la historia, se ven en-

frentados a la necesidad de elegir entre «la realidad y el deseo». La burguesía tradicional, añorando aún la difusa aristocracia del espíritu que cree poseer gracias a su condición de clase dominante durante siglos, se encuentra en parte incapaz de adaptarse a los nuevos vientos que corren, y agoniza, con una dignidad no desprovista de patetismo y grandeza, víctima de sus propias contradicciones. Es esta agonía la que Grosso intenta describir en su novela, por medio de una técnica narrativa «sui generis», como veremos más adelante.

Digo que la clase burguesa es incapaz de adaptarse en parte, porque no me cabe duda de que otra parte de la misma sí ha logrado



esta adaptación y ha sabido colocarse en buena posición para seguir ejerciendo el dominio en los tiempos por venir. Esta segunda parte de nuestra clase social más denostada artísticamente, apenas si ha merecido la atención de nuestros novelistas, acaso por el hecho de que, en su mayoría, no pertenecen a ella y siguen obnubilados por el empeño de cauterizar un pasado que rechazan y que, sin embargo, explícita, histórica y culturalmente, nuestro presente. A todo esto debe añadirse el trauma que sufre, para los componentes de la clase burguesa, aceptar la evidencia de su impotencia para oponerse a un me-

dio inmovilista y hostil, que desde hace muchos decenios pugna por asfixiarla. ¿Es preciso recordar que, ni aun con doscientos años de retraso, hemos hecho nada parecido a la Revolución francesa? ¿Hay modo de buscar correspondencias entre Robespierre y Salmerón, entre Danton y Pi y Margall, entre Marat y Baldrich?

La novela de Alfonso Grosso, al dar por sabido y asumido todo lo dicho, exige para ser comprendida cabalmente la complicidad del lector, ya que de otro modo resultaría exótica o simplemente hermética, si no fútil. Obtenida la complicidad, habremos de convenir en que Grosso no ha echado en saco roto la experiencia que le ha proporcionado su contacto con el público y la crítica a través de sus novelas anteriores, utilizando todos aquellos recursos que ha considerado útiles para que el aspecto lúdico de su obra no quede disminuido en relación al sentido de la misma. Desde el título, Grosso juega la carta de los contrastes: *Florido Mayo* remite a un ambiente exuberante, repleto de aromas y luz, donde las palabras sirven para enmascarar los sentimientos y los actos las verdaderas intenciones; por el contrario, la novela nos habla de muerte, física o espiritual, que mina a todos y cada uno de sus personajes. Indefensos ante una belleza irresistible que oculta su fatal verdad, estos personajes apenas si aciertan a manifestarse, a individualizarse contra la avasalladora presencia —mitad cósmica, mitad panteista— de la Naturaleza, donde la Humanidad no pasa de ser un elemento, ni siquiera el más importante. Por supuesto, en este juego de contrastes, la ironía o el sarcasmo, escaso papel tienen. El narrador podrá ser un estoico, nunca un humorista. Asistimos a un recital de canto «jondo» novelado. Me he referido a una

técnica narrativa «sui generis». Decir que Grosso es un novelista barroco resulta obvio: cualquiera de sus páginas lo demuestra. No obstante, creo que en *Florido Mayo* se supera a sí mismo. En parte, este barroquismo le sirve para acentuar el juego de contrastes citado: tras la evasión de las palabras, la belleza de aromas, formas, colores, sonidos y sabores, se agazapa la desnuda osamenta de la muerte. Pero en gran parte de la novela, los adjetivos se prodigan sin contención, hasta el punto de que éstos pasan a ejercer la función que correspondería a los sustantivos. Las cosas se describen, se «sienten», pero no se nombran; los personajes se muestran y hasta se analizan, pero no actúan. La progresión dramática se busca en la novela por medio de un procedimiento igualmente siuuso: una acumulación de impresiones y sensaciones proporcionadas por los narradores han de servirnos para orientarnos, mal que bien, por el laberinto de personajes, tiempos y lugares que pueblan la acción, que por lo demás no existe en su sentido nato. En la solapa del libro se afirma que «todo puede suceder, y de hecho sucede» en él; yo diría antes que todo puede caber, y de hecho casi cabe, porque Grosso ha metido en la novela desde incontables biografías de toreros hasta descripciones más o menos técnicas y morosas de diversos modelos y tipos de aviones, automóviles, motocicletas, cigarrillos y mil máquinas u objetos más.

Digamos, finalmente, que la novela está construida a base de monólogos —interiores o no—, que muchas veces se convierten en soliloquios. Los escasísimos diálogos que he podido detectar son, en cualquier caso, rememorados. Y es de lamentar que Grosso no utilice su amplio vocabulario para devolvernos tantas palabras vivas en

Andalucía y ausentes en la literatura española contemporánea. ■ MARTIN VILUMARA.

Sobre la Sociología

Las investigaciones sociológicas constituyen uno de los capítulos de las ciencias del hombre que mayor atención vienen recibiendo en estos últimos tiempos. Hasta el punto de que se ha dicho que la Sociología es una ciencia de moda. Pienso que en esta afirmación subyace una calificación peyorativa, lo que me parece injusto. Desgraciadamente, durante mucho tiempo el hombre ha ignorado demasiadas cosas de sí mismo, entre las que ocupa lugar relevante su condición social. Se ha dicho con toda la razón del mundo que buena parte de las angustias históricas actuales proceden de la falta de claridad sobre problemas que sólo la Sociología puede aclarar.

Desde las consideraciones que anteceden, encuentro altamente positiva la labor de divulgación de temas sociológicos que nuestras editoriales vienen realizando últimamente. En esta nota me voy a referir a los «Elementos de Sociología», de Henri Mendras, que la editorial barcelonesa LAIA ha vertido del francés a nuestro idioma. Henri Mendras dirige una sección de investigación en el Centro Nacional de Estudios Políticos de París. «Elementos de Sociología» recoge el núcleo de sus enseñanzas, dirigidas a una iniciación de sus alumnos en el análisis sociológico. Debe subrayarse esta característica didáctica de la obra para poder enjuiciarla con justeza. Es un trabajo que se dedica a los estudiantes que se inician en el controvertido campo de las investigaciones sociológicas. Y desde este punto de vista hay que decir que se trata de una exposición clara y eficaz, que puede recomen-

(1) Ediciones Alfaguara. Madrid-Barcelona, 1973. 342 páginas.